QUÉDATE CONMIGO

Rodrigo Abad

Image not found.

Capítulo 1

QUÉDATE CONMIGO

Image not found.

Rotine Drifango

Blanca Sánchez una chica de un pequeño pueblo de Toledo se marcha en plena guerra civil a estudiar a Francia. Allí conocerá personas que cambiarán su vida para siempre y le harán abrir los ojos de la realidad. Unos años después volverá a Mora, su pueblo natal, y lo que ella conocía sorprenderá y pondrá a prueba todas sus fuerzas y todos sus sentidos.

ROTINE DRIFANGO Nacido en Mora (Toledo) en el año 1997. Estudió la ESO en el I.E.S Peñas Negras. Empezó a escribir en el año 2008 con una obra de teatro y varios relatos. Escritor de obras de teatro como Libertad d' Albret o novelas como Aquella tarde de invierno. También escritor de numerosos relatos y libros aún no impresos a papel pero sí en la plataforma Wattpad de la que lleva desde agosto de 2013 formando parte. En el año 2015, la editorial *Writeway* publicó su relato *"Te alejaste de mí"*;

un relato basado en la vida de una mujer inglesa del siglo XXI.

Título original: Quédate Conmigo

© Rotine Drifango, 2015

Todos los derechos reservados. Su copia, cualquier tipo de plagio o malversación de dicho libro será penalizado por la ley ante el Código Penal por motivos de *copyright*.

Para leerlo gratuitamente hasta que una editorial lo publique, www.wattpad.com/RotineDrifango

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a la autora Antonia J. Corrales, ya que sin su ayuda y sus consejos no podría haber terminado el relato.

Dar las gracias también a Sara Redondo, que fue la persona que me incitó a escribir un relato sobre mi pueblo, y que investigase sobre ello.

Quiero agradecer a Rocío Crespo que crease un concurso de temática histórica, al cual he presentado este relato.

Gracias a mi madre, Lorena, por leerlo y darme su opinión.

Gracias a mi hermana Estefanía por revisarlo y por su corrección.

Gracias a mi abuela Juana y mi abuelo Escolástico por sus consejos y ayuda en cuanto a historias sobre aquel tiempo de la década de los treinta-cuarenta.

Gracias también a *Pastora Soler*, ya que con su canción *"Quédate Conmigo"* me inspiré en el relato.

Y por último, gracias, millones de gracias a todas las personas que me han apoyado y me han dado su opinión sobre el relato.

París, Francia. Mayo de 1939.

Estornudé repetidas veces desde que mi compañera de compartimento había encendido su cigarrillo, me levanté para abrir la ventana y ventilar un poco la sala. Ella molesta y de mala gana espachurró el cigarro contra el cenicero de la mesita y se marchó con gesto de enojo en su cara. Cerré la ventana y me senté de nuevo, abriendo mi mochila y sacando unos cuadernos me dispuse a corregir algunos ejercicios de sintaxis; al girarlo

me paré pensativa en una fotografía, por fin recordé porqué volvía.

Mora, Toledo. Septiembre de 1936.

Me marchaba con prisa para Madrid, debía tomar el tren que me conduciría a mi nueva vida en París; iba a estudiar filología francesa y ya había preparado todo lo necesario para partir. Mi abuela se despedía de mí con tristeza, pero mis padres se alegraban de que por fin alguien en la familia sacase provecho a sus estudios. Antes de llegar a la estación mi madre no hacía más que repetirme el típico sermón de:

-No te fíes de nadie; ten cuidado con esos gabachos; estudia y no te vayas de jarana.

Menuda pesada, en serio, creo que durante mi estancia en Francia disfrutaré un poco de la libertad que a esta atrasada sociedad española le falta.

-Blanca cariño, ¿no te olvidas nada? –mostró mi madre cansina como siempre.

-No madre, solo os dejo aquí a vosotros, pero cuando vuelva podré montar mi propia escuela de enseñanza –dije subiendo y despidiéndome a la vez mientras me perdía entre los vagones del tren.

Caminaba con mi pequeño equipaje reducido todo en un maleta más allá del "vagón restaurante" hasta el compartimento nº19, pasé despacio ya que había un bulto dentro de la cama y supuse que era mi compañero que estaría acostado. El tren dispuso su marcha con un pitido desde la locomotora, me senté junto a la ventana y apoyé mi cabeza contra ella imaginando de nuevo historias de amor y ensayos de teatro.

-¡Maldita sea! –escuché desde la cama, y oí un golpe.

De pronto el bulto se convirtió en una chica de pelo rubio y ojos claros que me miraba con sorpresa a la vez que exclamaba:

-No pue ser, no pue ser; han matado a Lucía, ya no me leo el siguiente libro. Oye, ¿y tú quién eres mi arma? –dijo extrañada.

-Ehm… soy Blanca, ¿y tú? –expresé algo cortada en la conversación.

-Soy Lolita y vengo de Sevilla, para servirle a Dios y a usted, ¿tú cuando has subido chica?

-Pues hace como una hora, vengo de Mora, Mora de Toledo.

-Vaya por Dios ¿ya habíamos parado? Yo que quería cambiarle el agua al canario, tendré que esperar a que paremos en Madrid. Por cierto, yo tengo amigos en Mora, viven en… -paró pensativa unos segundos. "El Arrabal", José el Resqueño le llaman.

-Ah sí, lo conozco, yo soy del "Camino Grande". ¿Tú también vas a Francia?

-Así es ricura, voy a ver si consigo trabajo en el Molino Rojo, me dijeron que podría actuar como bailarina, ¿y tú a que vas?

-Yo la verdad que voy a París a estudiar filología francesa a ver si puedo labrarme un futuro… España está tan atrasada…

-Bueno, eso está muy bien, espero que tengas suerte y que me visites, Mademoiselle Lolita Pêche me conocerán, supongo que no te será difícil.

Tardamos tres días en llegar a la frontera con Francia y seguimos nuestro viaje otros tres días más, creí que me iba a volver loca, pero Lolita con sus historias hacía que las horas corrieran rápidamente. Al llegar nos separamos, ella se perdió entre la gente de la estación y yo me dispuse a buscar la "Rue de la Solitude, 16" por fin llegué después de caminar durante mucho tiempo. Había un pequeño café pintado de color verde seguido de la pequeña casita donde yo me dirigía; allí vivía la mujer donde yo sería su inquilina, Madame Joséphine Lapin. Madame Lapin era un persona encantadora según me habían contado y además tenía una casa preciosa (aunque por fuera no lo parecía). Llamé a la puerta y la señora tardó en abrir. Me miró delicadamente y me metió dentro de su casa sin preguntarme nada.

-Bonjour, mademoiselle Sansez (Sánchez), la esperaba con impaciencia.

-Merci beaucoup, madame Lapin –dije confundida y aturdida.

-Puede llamarme Joséphine ma cherie, hace muchos años que soy viuda.

Se trataba de una mujer de unos sesenta años, baja, regordeta, sus dedos parecían morcillas y su pelo blanco y reluciente cual plata, recogido en un moño, parecía no haberse lavado en varios meses. Tez empolvada y carmín rojo en sus labios ocultaban sus arrugas, vestía entera de rosa chillón, traje chaqueta e incluso tacones a juego. Según me habían contado su marido Monsieur Lapin, era un veterano de guerra, y al no haber tenido hijos, le dejó su herencia a su esposa. Seguramente viviría de la pensión de viudedad…

Pasé dentro que aún estaba a oscuras, tenía un salón polvoriento, un suelo verde con círculos azules donde los ácaros vivirían como reyes y además una cocina pequeña, no, minúscula, mejor dicho recóndita y con

una única ventana. La casa contaba también con un baño con bañera y retrete que no sé si estaba atascado, o habría tirado allí al canario muerto que faltaba en la pequeña jaula de madera. Me indicó que cruzara el pasillo y a la izquierda estaría mi habitación; giré el pomo de la puerta y abrí entrando despacio. En alguna otra época debería ser una habitación de invitados, preciosa y confortable, pero ahora más bien parecía un nido de ratas pestilentes. Tomé una de las cortinas y la sacudí con todas mis fuerzas, abrí con cuidado la cochambrosa ventana que amenazaba con resquebrajarse y con la cortina limpié un poco el polvo de la cama, la almohada y a su vez las barras del cabezal. Me tumbé en la cama y me dispuse a dormir hasta mañana.

París, Francia. Octubre de 1936.

Ya habían comenzado las clases, la verdad es que estoy muy contenta, los profesores me tratan muy bien, ya que aquí hay un tópico de que los españoles no tenemos ni idea de francés, pero los he dejado sorprendidos gratamente. El problema es Joséphine, no la aguanto. Llevo viviendo un mes en su casa y me trata como si fuese su criada, creo que no voy a aguantar mucho más, pero no tengo nadie con quién quedarme y no puedo lanzarme a que me alquilen un apartamento porque a penas tengo dinero. Yo no digo que no tenga que ayudarla, porque hago las camas, barro y friego el suelo tres veces a la semana y también hago las comidas, pero ya es demasiado. No me deja apenas salir de casa, y nunca me voy de juerga. Simplemente quedo con mis compañeros para tomar un café, nada más. Es agobiante, angustioso y horrible.

Llegué a clase a primera hora de la mañana para poder hablar con Yolande, es una compañera que está estudiando también filología y me ayuda muchísimo con el vocabulario y la interpretación. Ella es muy amiga de Thomas Lloyd, un rico estudiante de tercer año, es alto y fuerte, tiene los ojos verdes y el cabello rubio, parecía un Apolo entre tanto gabacho bigotón. El caso es que ella me lo va a presentar mañana y yo estoy muy emocionada, no sé cómo voy a hacer para entenderme con él si no está estudiando francés y lo chapurrea. Corriendo como una loca voy a llegar tarde a traducción pero desafortunadamente me choco contra una figura alta, dura como el mármol y caigo al suelo.

-Oh, sorry I hadn´t see you miss spanish (Oh, lo siento, no la había visto señorita española)

-Discúlpeme, pero no entiendo –dije descubriendo que aquella supuesta columna de mármol blanco y macizo se trataba del señorito Lloyd.

-No se preocupe, also puedo hablar su lengua –expresó con un acento inglés marcado.

-Me llamo Blanca y llego tarde a traducción.

-Entonces no la haré esperar tanto darling, ¿le apetece venir al Café Chantal a las eight o'clock dear?

-Está bien, si se refiere a esta tarde, ahora discúlpeme.

-La veré a la ocho, my name is Thomas, por cierto.

Sonreí y me marché corriendo de nuevo con la esperanza de que el profesor no me echase de su clase para siempre y continué con las lecciones hasta que salí a las seis.

Llegué rápidamente a casa y Joséphine me paró en seco, tenía una carta para mí y me dijo que era de mi madre; la tomé presto y me encerré en mi cuarto, comencé a leer:

A mi querida hija Blanca,

Blanca cariño, aquí la guerra aún no nos ha afectado tanto como en Madrid por lo que nos dice tu hermano y también ha ocurrido una desgracia. Padre ha muerto, trágicamente al caer por la sierra de la Loba cuando iba a cazar, no quería contártelo por carta, pero tu abuela y yo estamos rotas de dolor. A penas hay alimentos para comer y están cerrando las tiendas, solo Paquita la de en ca Raimundo nos trae lo que les sobra de la frutería. Sólo si pudieses que no te sea ningún ahogo ni te cueste la vida, podrías mandarnos algo de dinero desde allí.

De tu querida madre,

Elena Calderón

Terminé de leer la carta y mi corazón se entristeció quedando helado y frágil seguido de mi estómago que parecía que quisiese huir por mi boca. No quería pensar cómo mi pobre padre indefenso podía haber muerto, era un santo. Necesitaba tiempo para asimilarlo sin que las lágrimas inundasen mis ojos. Tomé mi bolso y salí a la calle para caminar, el reloj de la pequeña capilla marcaba las siete y media. ¡Thomas! Debía ir al café al menos para informarle de lo sucedido y poder volver a casa para llorar desconsolada. Caminé con resignación a lo largo de las calles para llegar cuanto antes al café, y allí estaba él. Trajeado y sentado en una mesa próxima a la barra, por eso me acerqué. No estaba solo, una mujer estaba a su lado y lo tomaba por la mano, ambos me saludaron y me invitaron a sentarme con ellos.

-¡Hello dear Blanca! Siéntate con nosotros Darling, estamos tomando algo –dijo Thomas muy entusiasmado de que hubiese llegado. ¿Qué quiere

beber?

-Ehm… pues no sé, ¿un café? –dije pareciendo poco convencida.

-This is my friend, Miss Bates. Quiero que la conozcas muy bien. Ella veranea en España all the summer.

-Encantada señorita Blanca, es para mí un placer conocerla –mostró un acento muy refinado y correcto.

-El placer es mío, Miss "Beits". Disculpa Thomas, ¿podemos hablar reservadamente unos segundos?

-Claro querida. Espera un momento Verónica, vuelvo en seguida.

Llegamos hasta la barra y pidió dos *Martini.* Empecé a explicarle lo ocurrido y me escuchó con atención durante todo el relato. Terminado el coctel nos sirvieron un *Gin-Tonic* y yo seguí hablando por lo menos veinte minutos. Verónica se acercó y nos explicó que quería irse a casa, yo iba ebria y no era dueña de mi misma, así que, los tres nos fuimos a casa de Miss Bates. Montamos en el taxi y recorrimos varias calles hasta llegar al barrio de Auteuil. Nada más entrar por la puerta me abracé a Thomas que también se encontraba mareado y nos besamos porque sí. Comenzamos a abrazarnos y los besos fueron más intensos. Entramos en un dormitorio mientras Verónica descansaba plácidamente en el suyo. Fue algo extraño que, nunca había experimentado antes, era una mezcla entre algo maravilloso y algo desconocido pero que no quería que acabase.

Los rayos de sol calaron por las ventanas y llegaron hasta mis pupilas que se dilataron e hicieron que me levantase. Estaba allí, desnuda en su cama y agarrada por su brazo enorme y fuerte, y acurrucada en lo hondo de su pecho duro y peludo. Me acarició la nariz y siguió durmiendo. Me vestí lo más rápido que pude, y me encontré a una criada que me preguntó que estaba haciendo allí. Le dije que llegué anoche y que me había quedado a dormir, le pedí dinero para el taxi y salí de aquella casa echando leches. Corrí calle abajo esperando que Joséphine aún no se hubiese levantado, pero cuando llegué no podía creer lo que había en la puerta.

He vendido la casa y me traslado a Marsella con mi prima.

Espero que te lo pases bien con el cachondeo que tuviste anoche, he dejado tu equipaje y tus cosas al lado del café, te dejo diez francos para que veas que no te mereces nada.

Lapin.

Las piernas me empezaron a flojear, ¿qué había hecho? Entré en el café y la camarera me dio mis cosas después de explicarme lo ocurrido. Me dijo

que ser marchó de madrugada, sin decir nada a nadie. ¿Qué haría yo ahora? Caminé con mis cosas hasta la casa y la miré por última vez; seguí andando hasta la universidad, para explicarle mi situación actual al decano, pero me dijo que la residencia era demasiado cara y no podían proporcionarme ningún trabajo para cubrir los gastos; además, si en tres días no encontraba una fuente de recursos me vería obligada a dejar la universidad.

Estaba deprimida, no solo era pobre y debía pagar algunas cuotas, sino que también tendría que pasar el día y la noche en la calle. Vendí algunos de mis vestidos en una tienda de empeños, por lo menos para poder tener acceso a las cuotas de la universidad, luego ya me buscaría las mañas para encontrar un cuchitril donde dormir. Pero entonces, una idea afloró en mi cabeza. ¡Lolita! A ella es a quien debía recurrir; me puse en marcha de inmediato. Rebusqué entre mis cosas para buscar aquel papelito en el cual me había apuntado su nombre y la dirección del Moulin Rouge.

Lolita Pêche

Lolita Pêche 82, Boulevard de Clichy, Moulin Rouge (París)

Durante mi camino por el barrio rojo de París observé muchos edificios, la sociedad parisina y también costumbres de los franceses. Me detuve frente a un callejón, allí una chica estaba siendo pegada por un hombre.

-¡Alto ahí! –grité con toda seguridad.

Aquel hombre tan alto se giró y me sonrió con aquellos dientes demacrados y ennegrecidos; se iba acercando hacia mí tambaleándose con ligereza cuando cayó al suelo como un plomo. La chica de piel morena le había propinado un buen golpe con una botella de cristal y había hecho que este cayese desmayado.

-No se preocupe señorita, en unas horas despertará. A veces se pone tan pesado… -declaró la chica.

-Estoy buscando a una amiga –dijo mientras le entregaba el papel.

-No sé leer chéri, pero reconozco la palabra Pêche –expresó devolviéndole el papel. Seguro que buscáis a la señorita Lolita, casualmente yo trabajo en el Moulin, la acompañaré.

-Es muy amable, soy Blanca por cierto.

-Yo me llamo Janine Palmer, démonos prisa, no quiero que nos descubra un policía.

Doblamos la esquina y andamos hasta otro callejón, dio tres toques a la puerta y una señorita nos abrió. Pasamos dentro y todo parecía muy tranquilo, había muchos percheros con vestidos, trajes y disfraces; también contaban con camerinos y tocadores-maquilladores con espejos, polvos y pintalabios. Atravesamos un largo y amplio pasillo y me pidió que esperase tras las cortinas negras; oía una melodía pegadiza y que yo conocía. Era el ¡Qui avec Coco! ¿Os imagináis que la misma Coco Chanel se encontrase allí? No, ella ahora era diseñadora. Confié en que asomarme un poco no mataría a nadie, y allí estaba ella, su piel morena ahora se tornaba en un bronce brillante y su cabello antes rubio, ahora se había vuelto negro, recogido en un moño alto que relucía de limpio. Portaba un vestido rojo que hacía resaltar su enormes pechos (aquellos que yo no tendría nunca) y un collar de diamantes llamaba toda la atención. Cuando terminó el ensayo Janine se acercó a Lolita y esta miró donde yo me hallaba. Se acercó corriendo y me abrazo con cariño.

-¡Pero bueno Blanquita! ¿Cómo no me has avisado de que venías? Veo que traes equipaje, ¿no me digas que te vienes una temporada? Tengo mil cosas que contarte.

-Primero déjame que te explique, y luego me cuentas todo.

Después de hablar entre risas y algunas lágrimas le relaté lo ocurrido con Josèphine, lo de la universidad y algunos detalles sobre Thomas.

-¡Válgame la Virgen del Rocío! Anda muchachita, Janine te va a preparar un caldo bien bueno, vamos a la cocina.

Las estrechas escaleras para descender de piso eran sobrias, nada que ver con el escenario ni el hall recibidor. La cocina era bastante amplia, cuidada y lustrosa. Aquella sopa descendió hasta mi estómago como un beso de amor puro, mientras escuchaba a Lolita y sus aventuras francesas.

-¡Vaya propina buena de ochenta francos me soltaron el otro día! ¡Ah y lo mejor, he conocido a un conde! ¡No sabes cómo me besa y me colma de regalos! No como Jesulín, ¡que se pudra en Triana! –dijo mientras me daba con el codo en el costado y agitaba la mano como una buena alcahueta.

-Me alegro muchísimo Lolita. Al menos a una de nosotras nos ha ido bien en Francia jaja –dije sonriente.

-Bueno, bueno, tú al Thomas ese le tienes echado el lazo, lo que tienes que hacer ahora es recoger el sedal y lo tendrás en tus brazos.

-Nada, lo de Thomas ha sido un error, tengo que buscar alojamiento

cuanto antes, e ir a la universidad… a ver si pueden hacer algo por mí.

-Nada de eso. Tú hoy te quedas aquí y ya mañana tranquilamente vas a arreglar tus cosas. No creas que te vas a escapar de mí tan fácilmente. Voy a llevar tu maleta a mi habitación, aunque cuando venga mi conde tendrás que dormir con Janine. ¿No te importa, no?

-¡Cómo me va a importar si eres un sol! Muchísimas gracias Lolita, no sé cómo voy a poder agradecértelo.

-Con tu presencia me doy por servida; además si necesitas algo de dinero para tus cosas, siempre nos hace falta alguien para ayudar a vestirnos, maquillarnos… No te lo tomes como algo… denigrante, es sólo por si necesitas dinero…

-Es todo cuanto podía pedir, ¡dame un abrazo!

Lolita se marchó y me dejó a solas con Janine, que no daba mucha conversación, pero al final se lanzó y preguntó:

-Así que… ¿vas a la universidad?

-Sí, empecé en septiembre.

-¿Y qué estudias?

-Filología francesa, yo soy española como Lolita. Mi abuela es francesa, ella me enseñó todo lo que sé. Menos a escribir, que ella tampoco sabe.

-A mí me hubiese gustado estudiar, pero la vida del espectáculo era mucho más fácil. Yo quería ser diseñadora como la Chanel, o también me hubiera gustado ser cantante.

-Bueno, todavía estás a tiempo, la juventud nos sonríe.

-No, ya me he afincado aquí, y aquí seguiré hasta que me case.

-¿No me digas que ya tienes con quién?

-Se llama Phillip, nos conocemos desde hace tres años, pero sólo hemos dormido juntos una vez. El año pasado nos comprometimos.

-¿A qué se dedica el buen hombre?

-Trabaja como periodista, por eso no salimos juntos a ningún sitio. Quedamos a escondidas. Pronto lo trasladarán a Niza y yo me iré con él, es muy apuesto y educado. Tengo una foto de cuando estuvimos en La

Rochelle. –dijo entusiasmada sacándola de su monedero.

-Es muy agraciado la verdad. (Aquel hombre era alto y fuerte, tenía una barba bien recortada y varonil. Aquella camisa apretada hizo que mi circulación se acelerase y desvié la mirada hacia el reloj de su muñeca, que hacía aquellos brazos fuertes y venosos mucho más rudos) Definitivamente es un buen partido.

-Pues pronto habrá que buscarte a ti uno –río. Vamos con Lolita y ya ves tú habitación.

La habitación era amplia, la pared de color rosa estaba adornada con madroños. Aquellas literas no tenían nada que ver con la cama polvorienta de Josèphine, y no digamos el servicio.

París, Francia. Enero de 1937.

Me instalé en el Moulin Rouge de forma permanente. Lolita se traía a su conde de vez en cuando, en cambio Janine no podía ver casi nunca a Phillip; siempre tenía alguna excusa; que si no podía estar con ella por lo que dirían los demás, si tenía una conferencia en Londres, nada, nunca podían estar juntos. En aquel momento éramos tres muchachas inseparables. Conocí también al gerente de aquel cabaret, se llamaba Baptiste, Baptiste Baldur. Tenía aproximadamente unos cuarenta y ocho años y era el gerente y el que controlaba todo el cotarro. Era alto y barrigón, tenía un bigote a lo Dalí, pero no tan exagerado; también solía vestir de color rojo y con unos zapatos enormes. Más de una vez le encontré con sus fulanas cuando recorría los pasillos en busca de trajes para las funciones. ¡Eso, las funciones! La primera función en la que ayudé, fue a la semana de llegar al Moulin Rouge (en España serían los Santos y yo no podría llevar flores a mi padre…) Las navidades las pasamos como en "familia" y por supuesto lo celebramos a lo grande. Cada semana recogía alrededor de cincuenta francos, y la mitad la llevaba a correos para enviársela a mi pobre madre. Recordé aquella carta arrugada que guardé en el bolsillo de mi blusa antes de salir corriendo para ir con Thomas… Sí… Thomas… Lo cierto es que Thomas simplemente no se apartó de mi vida, me dejó más bien un regalo… Los primeros días cuando me enteré yo quería morirme, pero al final lo he aceptado. Estoy embarazada, de casi 3 meses. Lolita y Janine se pusieron locas cuando se enteraron, y la mayoría de las bailarinas me dieron su enhorabuena.

Hoy hay una actuación, por supuesto ya lo tengo todo preparado. El espectáculo de hoy es el típico cancán que realizamos una vez al mes. El otro día, mientras me bañaba Janine me oyó cantar detrás de la puerta, y entró precipitadamente. Me dijo que debía actuar alguna vez y así conseguiría alguna que otra propina; bien, pues hoy es ese día.

La presentación donde yo actuaría sería la última y tendría lugar desde el aire; bajada desde un columpio cantaría una canción popular "Le monde est una fête", la cual cantaba Linnete Homais en los años veinte. Todo el mundo andaba como loco de aquí para allá entre pomposos y provocativos vestidos, y numerosos recipientes con maquillaje. Mi vestido sería de un color rojo tirando a rosáceo. Estaba muy ilusionada, quizás en mi tiempo libre (mientras no hacía sintaxis ni leía libros como Madame Bovary; aunque ese me encantaba) podría dedicarme a esto de cantar y actuar. Si todo salía bien, podría traerme a París a madre y a la abuela. Compraríamos un apartamento y entonces… viviríamos como reinas. La abuela siempre decía que moriría sin ver París, pero eso no ocurriría, en cuanto tuviese una vida segura aquí, las traería.

Sentía nervios. Un profundo hormigueo recorría mi garganta como si fuese una sierra. Estaba lista. Trepé las escaleras que te llevaban a lo alto del escenario y me subí en aquel columpio. Los aplausos efusivos de los espectadores me hicieron retroceder emocionalmente, pero no podía fallarme a mí misma. Estaba decida a ello. Me encaramé con fuerza a las cuerdas que sujetaban el columpio y sentí como poco a poco este descendía mientras yo suspiraba y sonreía. Un foco blanco me iluminaba de lleno la cara cuando la música empezó a sonar. Respiré hondo y comencé a cantar. En un segundo estaba en mi habitación peinándome. Todo fue efímero, pero a la vez muy bonito. Recuerdo los aplausos, los silbidos, las rosas y las boinas que cubrían el escenario. Fue sencillamente perfecto. Creo que ese momento puede tan solo compararse al momento en que conocí a mi gran amor. Sí, como lo oís. En mi pueblo Mora de Toledo fue donde conocí a Enrique. Yo tenía quince años, y él… unos veintidós. Sí, un poco mayor, pero nuestro amor fue mutuo. Era el hijo de un guarda del campo, pero meses después de comenzar nuestro romance, tuvo que irse a Madrid. Al principio pensé en huir con él, pero me di cuenta que no serviría de nada, España no era como Francia o Italia, donde lo romántico formaba parte del día a día.

Niza, Francia. Junio de 1937.

Janine y yo por fin habíamos llegado a Niza, después de casi dos días de tren y coche, en los cuales creo que el poco trasero que tenía terminó por aplanarse del todo. Mi tripa estaba hinchada, parecía una sandía de las que son rayadas. Tuvimos que parar unos 10 minutos para que yo pudiese hacer… gachas de avena, como expresó Janine.

Desde el taxi veía aquel inmenso mar azul celeste que se perdía en el horizonte. Nunca había visto el mar, como mucho habíamos ido al pantano cuando íbamos de aceituna, pero nada más. Aquel ambiente húmedo hacía que mis narices se secasen y me impidiesen respirar. Si sumamos eso a la angustia que llevaba en el coche, cuando el conductor giraba las

curvas, prefería haber pasado el verano en París.

Janine decía que nos alojaríamos en la casa de Phillip, ella sólo había estado una vez, pero prefería que yo viniese, ya que normalmente en las fiestas que él organizaba, ella no encontraba ningún tema de que hablar con aquellos ilustrados de las letras o de la aristocracia. Yo, que era una chica de pueblo pensaba que me quedaría a cuadros cuando empezasen a hablarme de política, pero si algo había aprendido en la universidad, era que dentro de la literatura y los tratados políticos como los de Rousseau o Voltaire había un mundo que se parecía mucho al actual. Oh, se me olvidaba decir que he aprobado todo, con una media de notables, pero aún así estoy muy contenta. Para el próximo curso, me han dicho que podré complementar mis estudios con clases en la Academia de París, para perfeccionar mi francés escrito.

Al fin llegamos a aquella casa. Estaba situada en primera línea de playa y contaba con una escalinata, la cual te conducía a la propia arena. La fachada blanca y azul me recordó gratamente a cuando fui a un pueblecito de Almería, del cual ahora mismo no recuerdo el nombre, pero aquella casa era igual, solo que el doble de grande y lujosa. El conductor bajó nuestro equipaje y nos dispusimos a entrar. Aquel fornido y atractivo hombre que vi hace tiempo en aquella fotografía era real. Se limpió el sudor de su frente mientras recogía unos limones enormes, como yo jamás había visto. Madre solo me llevaba a por naranjas picaitas a la tienda de "La tía Naranjera", que era el mote con el que se la conocía. Aquellas naranjas "picaitas" como las decía mi madre, eran las que tenían un trozo algo podrido, pero mi madre sabía aprovecharlas bien, ya que por tres o cuatro pesetas, le llenaban un cajoncito.

Phillip se bajó de la escalera con un porte real, y como si de un cuento se tratase besó apasionadamente a Janine. Al verme en aquella situación, el hombre se acercó hacia mí y me estrechó la mano y me dio dos besos, al contrario que Janine que cuando me conoció me ofreció cuatro.

-Es un placer conocerla Blanca Sánchez, mi novia me ha hablado muy bien de usted, es más me ha dicho que asiste a la universidad de París.

-Le han informado bien… señor. –dije si prestar demasiada atención a lo que me decía, solo a aquel perfume varonil con extractos marinos.

-¿Y qué estudia pues? ¿Quizás medicina, matemáticas, alguna ingeniería? –preguntó mirándome como si tuviese cara de científica.

-Sí. O sea, no. Estudio filología francesa.

-Muy bella carrera la verdad. Yo dejé de estudiar hace mucho, pero he aprendido tantas cosas en el mundo del periodismo… soy el mejor de mi agencia créame. Pero no me tome por un pedante o un frívolo,

simplemente es lo que dicen los periódicos. Al igual que mi Janine es la mejor bailarina y cantante del Moulin Rouge, y además la mejor amante. Usted también llegará a ser una excelente traductora, se lo aseguro.

-Venga Phillip, no abrumes a la muchacha que nos queda un largo verano todavía, ya tendrás tiempo de preguntarle cosas.

-¿Su marido no ha venido querida? –dijo señalando mi enorme vientre.

-Soy soltera, la verdad.

-Oh, entiendo, ¿de cuantos meses está?

-Aproximadamente de unos siete. Espero no importunarles aquí, si me pongo de parto… cogeré un taxi hasta el hospital más cercano –dije riendo mientras Janine sonreía.

-Si se pone de parto lo mejor será llamar a una matrona mujer, anda vamos a comer. Os invito a tomar un Martini, aunque Blanquita me parece que se decantará por la limonada. No queremos que el bebé se emborrache, jaja.

Pensaba que estábamos solos en aquel paraíso, pero cuando entramos en la casa, tres doncellas y dos criados ponían suculentos manjares sobre la mesa. Comimos la mar de bien. Los platos principales fueron sopa, marisco, y una especie de ragú. La carne se fundía en mi paladar intentando no expresar gestos placenteros, para que Phillip no se diese cuenta que no había catado el cerdo en mi vida. Madre solía comprar algo de pollo para varios días, y lo mezclábamos con patatas o algo de verdura.

-Creo que lo que más me apasiona de España son los toros, y el flamenco. Estuve en Sevilla hace… unos años. Lo encontré francamente caluroso, en Niza jamás hace tanto calor.

-Pues a mí no me gustan los toros y el flamenco… no sabría decirle. En mi pueblo lo que suele bailarse es la jota manchega. Si quiere puedo entonarle una canción que conozco. –dije sin más preámbulo.

-Por favor, cante, cante. La oiremos con devoción.

Me aclaré la voz y comencé a cantar:

A la Mancha manchega, que hay mucho vino,

mucho pan mucho aceite, mucho tocino.

Y si vas a la Mancha, no te alborotes,

porque vas a la tierra de Don Quijote.

Janine y Phillip aplaudían y se reían a carcajadas mientras yo roja como un tomate me volvía a sentar; acabé riéndome con ellos.

-Pues sí que es una canción graciosa, la verdad. No pensaba que podía haberme reído tanto en mi vida.

-Mi abuela la solía cantar, y muchas canciones de trabajo de cuando iban al campo. Ya ve… estudio en la universidad, pero mi verdadero espíritu se cierne a mi querido pueblo, Mora.

-Oh, Mora… no creo conocerlo, estaría bien ir alguna vez… pero por ahora no. ¿No lee los periódicos, querida?

-Lo cierto es que no… no estoy lo suficientemente informada sobre la situación de España… ¿acaso en la prensa francesa, citan noticias de España?

-Y tanto señorita Blanca, lo cierto es que, sé de primera mano la situación de España. Actualmente la guerra, guerra civil que es como se conoce actualmente está en pleno auge. Como supongo que sabrá el Alcázar de Toledo fue sitiado entre julio y septiembre del treinta y seis. Parece que los comunistas van ganando esta guerra, que parece no tener fin. Ya hace casi un año que comenzó, y los españoles están muy preocupados.

Mi corazón bombeaba la sangre a una velocidad no habitual, tenía la boca seca y los pies congelados. Pobre madre que permanecía sola con la abuela en Mora. Supongo que a un pueblo tan pequeño como lo es Mora no llegará la guerra tan fuerte. Hace tanto que no recibo carta suya… tendré que ponerme en contacto con ella a cualquier precio. Mis hermanos, Gracia y Marcos se habían mudado a Madrid, muchos años antes.

Mí querida Gracia, diez años mayor que yo, se había casado con un heredero muy adinerado de la sociedad madrileña. Aquel hombre tenía una estimada fortuna, la cual nunca compartía con mi hermana. Se casó con ella sólo por su belleza y hasta entonces habían tenido una hija, Ana. Yo no conocía a mi sobrina, como tampoco creo que conocería la vida de mi hermana tras su marcha.

Marcos, tres años más chico que la anterior, en cambio, un día, se marchó sin más. Meses después, nos llegó una correspondencia, en la que decía que estaba en Madrid, trabajando en una fábrica textil como mecánico. La verdad siempre se le había dado bien arreglar los arados del amo de

padre. Siempre que se le rompían, mi hermano los arreglaba.

-Bueno –dije sin más. Eso no quiere decir que haya afectado a toda España… lo mejor será no pensar, ni ponerse en lo peor.

-Así se habla, tomemos una copita en la terraza, señorita.

Niza, Francia. Julio de 1937.

Aquel día a principios de julio, empecé a sentirme muy cansada, y creía que me iba a estallar la cabeza. Me agarré a la barandilla de la escalera cuando sentí un retortijón. Una cascada de agua turbia empapó mis piernas y descendió con rapidez por los escalones.

-¡Janine! –gritaba ferozmente desde la escalera. ¡Ha llegado la hora!

Ella me ayudó a bajar lo poco que había subido y me recostó en la cama. Respiraba hondo como ella me decía pero el dolor no cesaba, un profundo retortijón hizo que echase el cuerpo para delante sujetándome el vientre y que volviese hacia atrás contra el cabecero. Más que gritar, soltaba alaridos, pues siempre había aguantado bien el dolor, pero aquello era algo inimaginable. Me sudaba la frente, los brazos, las piernas, las manos me chorreaban. Volvía a respirar casi ahogándome.

Media hora después llegó la matrona. Una mujer fofa, con un moño negro alto, un bigote destacable, y creo que hasta pude ver su barba. Yo no hacía nada más que apretar cuando ella me lo decía, pero mi retoño no salía. Inspiraba y exhalaba, mis uñas se encaramaban al colchón y no veía más que toallas blancas y vapor de agua.

Lo oí. Oí el llanto de un bebé después de tanto sufrimiento. La matrona lo limpió con una de las toallas y me lo puso sobre mi vientre aún hinchado.

-Es un niño, un niño muy fuerte y sano, he de observar –dijo la matrona.

Janine me besó en la frente y nos abrazó a los dos. Phillip asintió con la cabeza y aplaudió suavemente.

-Se llamará… Víctor. Sí, Víctor, como el célebre Víctor Hugo. –dije sin más antes de dormirme.

Según me dijeron, antes de que me levantase, habían pasado dos días, de los cuales una nodriza había venido para alimentar a Víctor. Recuerdo también cuando lo cogí en mis brazos. Era una cosita muy pequeña y rosada que se mordía las manos por el hambre. En aquel momento, yo no podía ser más feliz, hasta que un tiempo después creo que se presentó de

nuevo otra oportunidad.

<u>París, Francia. Septiembre de 1937-Enero de 1938.</u>

Tuve que avisar de que faltaría a la universidad unos meses mientras me habituaba al niño, y él a mí. Yolande me traía todos los días los esquemas y apuntes de traducción, mientras cambiaba fajas a mi pequeño Víctor, terminaba los ejercicios y los mandaba mediante correspondencia a la universidad. Parecía bastante importante que una madre compaginase sus estudios de filología, pues hasta un periódico de la ciudad, quiso hacerme una entrevista, donde mostrase mis dotes como traductora y madre.

El Moulin Rouge cada día se llenaba más, y facturaba más dinero. Baptiste, me pidió que mostrase a Víctor en público en Navidad, para hacer una musical un tanto extraño del pesebre y el Belén, dónde yo interpretaría a la Virgen María, y mi querido hijo al niño Jesús. Fue otro éxito rotundo.

Lo días se pasaban rápidamente, podríamos decir que veía como mi pequeño crecía a pasos agigantados. En enero mientras le daba el pecho sentí un raro estímulo, a lo que contesté con un quejido. ¡Era su primer diente! Estaba muy emocionada, creía que estaba en el mejor momento de mi vida, hasta que llegó una carta. Una carta publicada en la gaceta que cambió ese alegre día por algo fatídico e inusual.

PHILLIP DUBOIS HA SIDO ENCONTRADO MUERTO EN SU APARTAMENTO DE LONDRES.

El célebre periodista de asuntos políticos ha sido encontrado muerto en su apartamento de Londres, hoy XXIV de enero de 1938. Según fuentes cercanas, podemos informar a los lectores que el periodista salió borracho de un casino cercano a su apartamento en el barrio de Mayfair, en compañía de una mujer de nombre Patricia; presa de un miedo o temor mayor, se suicidó en la madrugada. El teniente de policía afirma, que encontró en su boca una sustancia peligrosa que será analizada en el trascurso de los días. Seguiremos informando de lo ocurrido y ofreceremos una entrevista con Patricia McLovell, la mujer que se encontraba con el periodista en el momento de su muerte.

<u>Atte, redactor del The Sunday Times.</u>

Janine corrió hasta mis brazos y me abrazó entre llantos y alaridos.

-¡Ay Blanca, que me ha dejado! ¡Ay mi pobre Phillip! ¡No quiero vivir! –decía mientras se daba golpes y manotazos a sí misma.

-Vamos Janine, tranquilízate, no es el fin del mundo, puede ser una

equivocación.

-No, Blanca, no ¡Tú misma lo has leído! ¡Estaba con otra! ¡Esa tal Patricia! ¡Maldita sea que imbécil soy! ¿Cómo no pude imaginármelo?

-Calma, calma. Martine, lleva a Janine a su habitación, prepárale una tila y luego iré yo.

Me desprendí de ella con un beso en su frente, roja y caliente como una llama. Dejé a Víctor a cuidado de Caroline mientras salía en busca de la comisaría más cercana. Allí quise presentar un escrito para ver si podían contactar con Londres mediante un telegrama, pero me mandaron directamente a las oficinas del consulado inglés. Allí llegué yo, con los pies molidos por los tacones y con una fatiga de infarto. La bandera británica ondeaba en la puerta y aquel habitáculo estaba plagado de extranjeros. Unos salían con sobres, otros con comida y hasta algunos esperaban allí con sus maletas. Me acerqué en cuanto sonó la campana con mi número y me senté sobre la silla, enfrente del encargado en asuntos exteriores.

-Quisiera presentar un escrito, para mandar un telegrama a Londres.

-Muy bien… deberá abonar la cantidad de quince francos y esperar su cita. Será dentro de tres días.

-¿Tres días? Me es imposible la verdad… ¿No podría usted buscar algo más cercano… como ahora?

-Sí, pero el precio subiría a unos… cincuenta francos.

-No puedo pagar tanto… es simplemente mandar un telegrama. Son solo cinco palabras. Es por un fallecimiento, Phillip Dubois, aquí lo tiene –dije mostrándole la página del periódico donde aparecía lo del suicidio.

-Entonces no puedo hacer nada, si no puede abonar el pago señorita. Vuelva dentro de tres días, o coja un barco a Londres.

-Esto es el colmo. Muy bien, volveré dentro de tres días.

De repente una ancianita muy pequeña se acercó a mí me dijo:

-¿Ves a aquel joven apuesto que está al lado de los archivos? Él también ha preguntado por el suicido del periodista. Parece ser un conocido suyo, ve, anda, anda.

La anciana se marchó mientras yo miraba a aquel hombre. Era apuesto y robusto, con una barba muy pronunciada, su nariz aguileña predecía su cara y sus ojos azules miraban al suelo. Me aproximé despacio hacia él, mientras leía el mismo periódico que yo le había enseñado al oficinista

hace un rato.

-Disculpe… -dije descendiendo mi voz, tanto que la ultima sílaba apenas se oyó.

-¿Desea algo? ¿También es usted de la prensa? Pues no voy a hacer ninguna declaración.

-Para nada, soy una amiga de su hermano. Bueno, más bien soy una amiga de la novia de su hermano. Pasamos juntos el verano en Niza…

-Ah entiendo. ¿Es amiga de Janine, verdad? Pobre muchacha, aunque creo que ella no lo habrá pasado tan mal como yo… Nunca pensé que Phillip pudiese hacer algo así.

-Lo cierto es que sí lo está pasando realmente mal… le acompaño en el sentimiento. ¿Es cierto esto de la tal Patricia?

-Mi hermano y Patricia McLovell eran simplemente compañeros de trabajo. Phillip jamás traicionaría a Janine, estaba buscando una fecha próxima para su boda, sería en el mes de marzo. ¿Por qué lo has hecho Phillip? –dijo mirando hacia el techo.

-No desesperéis, estoy dispuesta a ayudarle. Tengo que mandar un telegrama a Londres, para verificar que fue quién realmente falleció. Si quiere puede acompañarme al Moulin Rouge, allí es donde trabajo.

-¿Se dedica a bailar el can-can, señorita? –me dijo arqueando una ceja.

-A bailar y a cantar, pero realmente soy estudiante de filología en la universidad de París.

Mandamos el telegrama después de casi tener que amenazar al oficinista y nos fuimos yendo hacia el Moulin. Ya cerca, me dijo que tenía que marcharse, pero que si le necesitaba sólo tenía que llamar al número de su tarjeta. Me despedí del hermano de Phillip y corrí hasta el callejón para entrar por la puerta de atrás, como la primera vez que llegué hacía más de un año.

-¡Janine! ¡Janine!¡Buenas noticias, he estado hablando con el herm… -callé tras ver a Janine en los brazos de un hombre. Mis mejillas se encendieron pero cuando aquel joven se dio la vuelta no pude estallar de alegría. ¡Phillip estás vivo! –dije eufórica mientras corría a abrazar a ambos. ¡Es un milagro!

-Un milagro no, más bien ¡una farsa! –dijo mostrando el periódico que tanto había rondado entre mis manos. No sé quién habrá podido inventar

semejante calumnia, pero le espera una buena.

-¿Pero… y cómo han dicho eso? Es el Sunday Times… y ¿lo de Patricia? –dije contrariada.

-¡Pamplinas! Llegué de Londres hace casi un mes y no he hablado con Patricia desde que la despidieron del periódico. Maldita alimaña…

-Pero… ¿y la foto? –expresé más segura que nunca.

-No era más que una farsa. Al parecer Patricia me tomó una foto mientras descansábamos cuando fuimos a Alemania, un viaje de prensa.

-¡Eh! –chilló Janine interponiéndose entre nosotros. Lo único que importa es que Phillip está bien y adivina… ¡vamos a casarnos! En marzo está todo previsto, nos mudaremos a Niza permanentemente, Phillip va a trabajar desde allí, por lo visto van a abrir una sucursal del periódico.

Volvimos a abrazarnos de nuevo, y nos fuimos a celebrarlo como Dios manda a un bar cercano del Moulin, sentía que allí empezaría una nueva parte de mi vida, pero… ¿Qué haría yo sola en el Moulin sin Janine?

Niza, Francia. Marzo de 1938.

Aquel fin de semana que pude escaparme de los exámenes Víctor y yo nos fuimos a Niza, a celebrar la boda de nuestros queridos amigos, Phillip y Janine. Janine se compró un vestido blanco de Chanel con una flor en el pecho y numerosas piedrecitas en el corpiño. Phillip parecía un príncipe azul sacado de un cuento de hadas, pero lo que más me extrañó es que apenas hubo invitados. Fue una ceremonia muy íntima en la que primaba la serenidad. Ni si quiera el hermano de Phillip asistió. Sólo una mujer muy jovencita que decía ser prima hermana de Janine, fue testigo en el altar, aparte de mi hijo y yo. El banquete fue pequeño y acogedor, en un jardín cerca de la *Chapelle Saint-Croix.* Nos pusimos las botas, francamente. Janine y Phillip Dubois se irían de luna de miel dos semanas a Egipto. ¿Por qué? Bueno, Janine siempre quiso ver de cerca las pirámides, era una apasionada de la cultura egipcia. Víctor y yo regresamos a París y a la normalidad.

Niza, Francia. Julio de 1938.

En cuanto acabé los exámenes de nuevo con media de notable no dudé en volver a Niza con Janine. Nuevas noticias me esperaron allí. Thomas había muerto, pero esta vez no era ninguna broma; lo digo porque fui a su entierro. El señorito Lloyd y el padre de mi querido hijo se las había visto con un toro durante una corrida en España, él, lleno de "valor" saltó a la plaza y sufrió una cornada y varios revolcones. Le atravesó el costado y lo mató en el acto. Todas sus "amiguitas" le lloraban en el entierro. Yo fui

sola, vestida de negro y no derramé una lágrima.

Janine me informó de su viaje a Egipto y de las excursiones en ferri. Yo le conté lo de Thomas y lo de mis exámenes. La Academia de París me propuso que a la vuelta en septiembre, podía hacer unas prácticas de tres meses en las cuales, si trabajaba eficientemente, me adelantarían un curso en la carrera. Por supuesto que lo haría.

Janine y Phillip cocinarían hoy mientras yo, daba un paseo con Víctor por la playa. La arena blanca me acariciaba los pies y el sonido de las olas me producía un sosiego magnífico. Víctor jugaba con la arena y excavaba "túneles". Hasta entonces no sabía decir nada más que mamá y a veces decía una palabra parecida al nombre de Janine, "Anin" o algo así. Era un solecito rubio, de piel blanca y ojos azules que me hacía reír y no daba nada de guerra. Para festejar su primer cumpleaños, Phillip encargó una tarta y sopló su primera vela. Una noche muy calurosa bajé a beber agua a la cocina, y me llevé un susto terrible; un hombre se encontraba frente a la ventana y fumaba un cigarrillo. Esa cara… ¡Era el hermano de Phillip!

-¿Es usted, señor Dubois?

-Lamento haberla asustado… podéis llamarme Pierre. Blanca… debo deciros algo…

-¿Ha ocurrido algo grave? No me asuste por favor…

-Desde el día que os vi en la embajada británica no he podido dejar de pensar en usted… cada vez que escribo usted está en mis pensamientos, se ha convertido en mi musa.

-¿A caso es usted escritor, señor?

-Por supuesto. Por favor, ¡sea mi musa! ¡Se lo ruego!

-Bueno… creo que no hay inconveniente en que ust… -me calló las palabras con un apasionado beso. Mi sangre corría por mi cuerpo como un riachuelo, erosionando todo lo que encontraba a su paso. Aquel beso, aquel roce con su barba, aquella mano sujetándome las mejillas… creía que volvía a enamorarme.

Y así fue, me enamoré perdidamente de Pierre Dubois. Durante aquel verano en Niza, fuimos personas distintas. Él me escribía sonetos y yo los traducía. Las noches largas, se quedaron en la playa con la luna como única testigo de nuestro amor. En agosto, Janine me confesó que estaba embarazada y yo no podía ser más feliz, hasta que, durante una noche, Pierre, me pidió matrimonio en la playa. No dudé ni un segundo, creo que fue la decisión más segura de toda mi vida. Todo fue sobre ruedas, nos casamos en septiembre, antes de que yo empezase la universidad y por

fin podríamos decir, que fui feliz. Lo era, estaba encantada.

París, Francia. Septiembre de 1938-Enero de 1939.

Después de casarnos, Pierre compró un apartamento temporal en París, hasta que yo acabase la universidad y luego volveríamos a Niza. De España solo llegaban malas noticias, no se hablaba de otra cosa. "La Batalla del Ebro" salía en los periódicos. Me asustaba pensar que mi madre y mi abuela estuviesen teniendo tantos problemas como en el norte de España, pero al menos tenía el consuelo de que Mora no apareciese en la prensa. El curso se me hizo cuesta arriba con las prácticas, pero logré terminarlas en diciembre. Eso significaba que si todo iba bien, en mayo acabaría la carrera y podría volver a Mora, como le prometí a madre y fundar mi propia escuela… pero, ¿madre comprendería que me casase con Pierre y hubiese tenido un hijo con otro hombre? Al fin y al cabo, yo era su pequeña. No quería pensar en eso, cuando llegase el momento se lo diría. A finales de diciembre, ya casi entrando en el año nuevo, Janine tuvo una niña preciosa, a la que pusieron el nombre de Clementine. Todo era maravilloso, y Víctor crecía a pasos agigantados. Pierre era su "papit" como él lo llamaba y yo tenía a alguien a quien contarle mis penas, dormir con él cada noche, y amarlo.

París, Francia. Febrero de 1939-Abril de 1939.

San Valentín fue perfecto, Pierre y yo pasamos dos noches en un hotel, donde tuvo su primera firma. Había acabado su obra, y la editorial, quería promocionarlo por toda Europa. *"Reste avec moi"* (Quédate conmigo) se llamaba. Era una novela con tres historias distintas, en las cuales una mujer rechaza a su amante, pero después vuelve con él, tras un largo viaje. Intenté traducirlo al español, pero apenas tenía tiempo. Sólo una noticia me animó a seguir:

~ESPAÑA~

El general Franco firma el último parte de guerra:

"*En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra civil ha terminado"*

Hoy, I de Abril de 1939.

Por fin había acabado este sufrimiento, España volvía a ser un país civilizado, y pronto veríamos renacer una nación fuerte, y unida, o al menos… eso creía yo.

Mora, Toledo. Mayo de 1939.

Me paré pensativa en la fotografía, por fin recordé porqué volvía. Aquella foto en la que aparecía mi madre, mi padre, mi abuela, mis hermanos y yo, frente al ayuntamiento, hacía… siete años.

Por fin, pude coger un taxi en Toledo. Todo estaba destruido, aquellos bonitos olivos que yo veía venir estaban quemados. Miles de barricadas se veían frente al camino. El taxista me dejó a la entrada del "Camino la Jara", donde yo seguía las calles con muchas casa derruidas. Llegué por fin al "Camino Grande" mi barrio, mi hogar. En la calle había muchos cartuchos de escopeta y de fusiles. La gente que me veía pasar por la calle, con mi maleta y mi vestido nuevo, me miraba con asco y furia a la vez. Una señora se metió en su casa y cerró con fuerza provocando un gran portazo. Me acerqué a mi puerta, todo estaba igual. Llamé con fuerza mientras tragaba saliva, y me aclaraba la voz. Nadie contestó. La dulce voz de mi madre no preguntó "¿Quién?" con tanta ternura. Empujé la puerta sin apenas fuerza, y esta se abrió. Todo por dentro estaba revuelto, ropa por el suelo, algunos cacharros, las sillas estaban hechas trizas. Me sequé el sudor de la frente cuando sentí una presencia sobre mi hombro. Un grito de susto, salió de mi garganta y se evaporó en el aire.

-¿A quién buscas buena moza? –preguntó una mujer corpulenta y con la cara manchada de lo que parecía hollín.

-Pues, busco a mí…

-Si buscas a los Sánchez, ya no viven aquí. Se han ido.

-¿Cómo que ya no viven aquí? ¿Quién es usted?

-Yo soy Virtudes, pero me conocen por la tía Cañera, si te sirve de más ayuda.

-¡Oh Virtudes! Soy yo, ¿no me conocéis? Soy Blanca. ¡Blanquita! La hija de la Calderón.

La mujer me miró de arriba abajo y acto seguido me abrazó con un llanto muy profundo.

-¡En buena hora llegas muchacha! ¡Yo no puedo darte la noticia! Debes ir a preguntar al ayuntamiento, quizás allí puedas sacar mejor información.

Virtudes se marchó sin decirme nada más y cuando quise darme cuenta, ya había doblado la calle y se había ido. Bajé por la calle Barrionuevo, pero la tienda de la tía Naranjera estaba cerrada y tapiada. Atravesé por el lado de la taberna de detrás de la iglesia y llegué hasta el ayuntamiento. Allí mucha gente se colocaba en fila y entraba en el

ayuntamiento. Un hombre ajeno a la fila me miró con cara extraña y se acercó a mí.

-¿Te has perdido muchacha?

-No, simplemente venía a ver si me podían ayudar. Necesito saber dónde se han mudado mis padres.

-¿Y quién eres si se puede saber? –preguntó el hombre de mala gana.

-Soy Blanca Dubois, perdón, Blanca Sánchez, la hija de la Calderón.

-Ajá… con que la hija de la Calderón, entonces acompáñame, tenemos que ir al "Comité", preguntaremos allí.

Seguí al hombre por la calle estrecha hasta llegar a la Calle Ancha y el Casino de los Pobres. Continuamos recto y bajamos por la calle del colegio católico. Allí había dos hombres frente a la puerta. El hombre me dejó allí, donde los dos de la puerta me miraban firmemente.

-La he encontrado en la plaza y la traigo al Comité –dijo el hombre al que yo había seguido.

-Muy bien. Su nombre por favor.

-Blanca Sánchez Calderón, quería preguntar por… -dije sin que el hombre de la puerta me dejase terminar.

-¡Vamos, esta para dentro! –dijo sin más contemplaciones.

-¿Cómo que para dentro? ¿Qué está ocurriendo aquí?

-Pasa para dentro si no quieres tener problemas. Y tú, gracias por traerla.

Pasé dentro del colegio, donde había algunos hombres y mujeres contra la pared. Yo me dispuse inquieta, pero uno de los que mandaban me puso contra la pared y me dijo que me estuviese quieta. Allí estaba yo, sin entender absolutamente nada. Un chico se acercó a mí y me miró fríamente. Él, se acercó a uno de los que ponían orden y le dijo secamente:

-Esta chica no ha hecho nada, puede irse.

El chico me sacó hasta la puerta y volvimos nuestro camino hasta la calle ancha y comprobando que nadie nos viese dijo:

-Blanca, corre a tu casa y escóndete. Te salvo porque sé que tú no has hecho nada, te conozco y sé que no estabas en Mora cuando pasó todo

esto. Franco ahora está en el poder, y todos los comunistas, o que hayan colaborado en contra del fascismo, serán fusilados en la plaza. Corre, huye, no vuelvas a aparecer por aquí, es más si puedes, no regreses, vete de Mora en seguida.

Mis ojos como platos eran señal de que no daba crédito a nada de lo que me estaba diciendo.

-Blanca, soy Enrique. No sé si me recordarás, pero te salvo por que eres tú. Vete rápido, antes de que otro te coja y te lleven de vuelta al Comité.

Lo abracé en un acto reflejo y corrí hasta mi casa como nunca lo había hecho y nunca lo haría. Llegué a mi casa y cogí mi maleta. Me paré a pensar seriamente. Debía ir en busca de Virtudes, ella sabría qué podía hacer. Virtudes fue mi vecina en otra época y ahora era mi único recurso.

Llamé a su puerta y por una de las rendijas pude ver como dos ojos me observaban. Salió y miró a la calle, comprobando que no había nadie, me tomó por el vestido y me entró dentro.

-Hola Blanca, veo que no has conseguido nada… no me queda más remedio.

Se adentró en lo hondo de su casa y vino con una carta. Me la entregó y me dijo:

-Es de tu madre… me la dio antes de… no importa léela. Yo me marcho ya, a un refugio que hay en el Campo de Aviación, si quieres puedes venir conmigo. Te estaré esperando, si no vienes, comprenderé que te has ido.

-No, Virtudes, por favor, quédate conmigo. Necesito que me expliques.

-No hay nada que explicar cariño, lee la carta y después, lo entenderás todo –dijo besándome en la frente y se marchó.

Abrí la carta y comencé a leer. Era la letra de mi madre, pero con una caligrafía muy mala. Parecía que estaba nerviosa en el momento en que la escribió.

"Para mi querida Blanca, como siempre. Blanca, las cosas en España no van tan bien como crees que parecen, o como las pintan en los periódicos. La abuela y yo hemos tenido que marcharnos. Las lentejas se nos han acabado y temo que muramos de hambre. Pensábamos que ganaríamos la guerra, pero ha sido todo lo contrario. Ni yo ni la abuela podemos dormir, entre los tiroteos y las bombas. Encomiendo esta carta a la pobre Virtudes, a la que han matado a su marido en la guerra. No sé nada de tus hermanos y el dinero que creo que nos has estado mandando no ha llegado todavía. Sólo espero mi querida hija, que la vida te trate mejor de

lo que nos está tratando a nosotras. La tía Naranjera ha tenido que cerrar el comercio, y la tía Federica se ha ido y ha cerrado la sastrería. No voy a decirte que no vuelvas, pero si lees esta carta quiero que comprendas que no quiero que te quedes aquí. Vuelve a Francia y cuando las cosas estén más calmadas… podré verte, y ver en la mujer que seguro que te has convertido. Un abrazo muy fuerte, mi pequeña Blanquita. Te quiere, mamá."

Elena Calderón

Acabé la carta con un suspiro y lágrimas cayendo por mis mejillas. No quería comprender lo que estaba pasando. Primero Virtudes, luego Enrique, ahora mi familia… todos estaban muy raros. Tenía que saber todo lo que había ocurrido, y para eso… debía volver a Francia, y regresaría a Mora… mucho después.

~Epílogo~

Volví a Francia y le conté todo a Pierre. Jamás había sentido tanto miedo.

En 1940 tuve a mi segunda hija, Catherine, un rayito de sol al igual que Víctor. Después conseguí empleo en la Universidad de París, como profesora de español. La Segunda Guerra Mundial dio de lleno en Francia y tuvimos que refugiarnos de nuevo en el sur. Muchos años después Víctor se marchó a Alemania para trabajar como abogado, y Catherine se casó con un joven de Lyon, y se mudó allí. Pierre y yo, ya casi unos ancianos disfrutábamos de la tranquilidad que nos brindaba la vida, pero, después no fuimos distanciando y con el tiempo me pidió el divorcio, yo tenía en aquel entonces… cuarenta y seis años. No tuve noticia de él hasta que se casó con una joven, veinte años menor que él, y tuvo tres hijos. A finales de los setenta, fallecería de pulmonía. A principios de los ochenta me jubilé, con una pensión la mar de agradable y vendí mi casa de París, era el momento de regresar a Mora. Nada me hizo más feliz volver a mis orígenes, me compré una casa en el mismo barrio del Camino Grande y viví allí por el resto de mis días. Hacía más de cuarenta años que no pisaba aquella tierra, aquella tierra de olivos que me vio nacer. Al lado de mi barrio, habían construido un colegio, el Fernando Martín, y todo estaba muy cambiado. La plaza lucía preciosa, e incluso habían construido un monumento al "Hombre Olivarero". Desde el año 57, una popular recogida del fruto del olivo se había puesto en práctica, la nombraron así, la "Fiesta del Olivo" un festejo en el que todos los morachos participábamos. Todo mi mundo anterior había cambiado, y yo estaba feliz en aquel entorno, sabiendo que era donde debería haberme quedado, y haber permanecido siempre.

Y es porque *"Entre olivos y viñedos, nació Mora de Toledo"* un pueblo, y

una gente ante la cual yo siempre quiero estar.

A principios del 2001 mis fuerzas se empezaron a agotar, y sin poder ver la XLIV Fiesta del Olivo, me dormí para siempre, en mi casita del Camino Grande.

~FIN~